

Bioética: de dónde viene y en dónde está

Hace unos días me preguntaba una profesora para qué tanto debate sobre consentimiento informado, autonomía del paciente, etc. si no cuestionamos a fondo qué pensamos de la salud y de la enfermedad, de la vida y de la muerte. Mi respuesta fue que estaba haciendo sobre la salud, una pregunta muy saludable... En la etimología indoeuropea, *salud*, tiene que ver con *saludo*, y también con *salvación*, palabras que están emparentadas entre sí y relacionadas con los signos de armonía y totalidad. En castellano –del latín, *salus*– se relaciona *lo personal de la salud, lo social del saludo y lo espiritual, la salvación*. En inglés también, el *saludo, hello*, la *salud, healtz*, la *totalidad que es whole*, y lo *sagrado, holy*. Es interesante ver la relación entre todas estas palabras: buena salud es armonía de las partes del cuerpo entre sí. Cuando nos saludamos cordialmente en vez de crear un ambiente de crispación, creamos un ambiente saludable, lo que es bueno también para la salud del cuerpo. Salud también es armonía con el medio ambiente que, a su vez, es parte de una vida sana. Y finalmente, armonía con lo sagrado, con aquello que nos libera, que nos salva, que da apoyo a una vida sana y esperanzada.

Todo esto me invitaba, de algún modo, a cambiar el título del artículo por el de *Una ética saludable para una vida sana*, como si fuera una especie de slogan o lema para hablar sobre bioética. ¿Qué es una vida sana? ¿Cómo curar y cómo cuidar bien a las personas respetando su dignidad? Son preguntas que nos hacemos desde una situación en la que tenemos muchísimas más posibilidades tecnológicas que hace unos años; pero tenemos también mayores fragilidades y, como consecuencia, mayores responsabilidades. Hoy tenemos una capacidad mayor de intervenir en el cuerpo humano, de intervenir en el entorno, en el mundo; podemos controlar la reproducción, manipular los genes, diagnosticar, prevenir enfermedades, conocer más, controlar más... Conocimiento y control lle-

van consigo una ambigüedad, de ahí surgen otras preguntas: ¿Estamos usando, y se va a usar, todo ese conocimiento, todo ese control a favor de las personas? ¿Se va a usar en contra de ellas? Avanzamos quizás más deprisa, con celeridad, pero... ¿hacia dónde?

La bioética comenzó en 1971, y en estas tres décadas y media hemos confrontado nuevos “desarrollos” en vez de “adelantos”, porque no sabemos si son adelantos o no..., según como los utilicemos serán adelantos o atrasos, progresos o retrocesos. Esta situación nos plantea una pregunta ética que llevamos repitiendo a lo largo de estos 35 años: ¿Debemos, responsable y éticamente, hacer todo aquello que podemos técnicamente hacer? Hay otras formulaciones que significan básicamente lo mismo: ¿Toda solución técnica de un problema humano, vale por sí sola para tratar el aspecto humano del problema? ¿Las tecnologías de la salud hacen la vida más sana?

Tratando de responder a estas preguntas, nos encontramos con una nueva cuestión: ¿Con qué clase de ética vamos a tratar estas preguntas? Vamos a responder en primer lugar a esta pregunta, porque la ética se puede entender de muchas maneras. Por ejemplo, dos maneras distintas de entenderla: *la ética de las recetas* y la que a mí me gusta llamar con una comparación de puerto de mar, *la ética del faro*.

La ética de las recetas, o de máquina vendedora automática, es aquella en la que se introducen datos, se aprieta un botón y ¡sale la respuesta automática, mecánicamente! Surge un problema, se pregunta qué dice la ética, qué dice la Iglesia, y te responden con una respuesta prefabricada. *Es la ética de lo prohibido y lo permitido*.

La ética del faro es aquella que no te da respuestas prefabricadas para que tú las sigas a ciegas, sin pensar. Comparándola con el término del mar diríamos que, si remas en la dirección del faro llegas a puerto, pero nadie te ahorra el remar por ti mismo, incluso puede que

alrededor de tu barca esté oscuro como la boca de lobo y que además te encuentres de pronto con arrecifes, y tengas que virar para esquivarlos. Y si te preguntan por qué vas en dirección opuesta si ibas hacia el faro, respondes que, precisamente, porque quieres llegar al faro, estás ahora rodeándolo. En la ética del faro te dan unos criterios, unas orientaciones, y a la luz de esos criterios tienes que

encontrar soluciones inusitadas en situaciones inéditas. *La ética del faro te ilumina, te orienta y te anima para que sigas buscando qué es lo que nos humaniza.*

De seguir el primer tipo de ética a seguir el segundo, hay mucha diferencia. A mí me gusta explicar las cosas con comparaciones: cuando el conductor es un principiante y conduce mal, en el momento que hay un peligro, pisa el freno, y entonces le dan un golpe por la espalda... Y lo opuesto a pisar el freno es pisar el acelerador... Cuando no hay más que una ética que se reduce a pisar el freno, a decir que no a todo, se produce la reacción contraria y entonces se pisa el acelerador y se dice a todo que sí. ¿Por qué funcionar sólo con el acelerador o con el freno? Manejemos el volante, el cambio de marchas, el freno, y el acelerador... porque ¡ésa es la ética que necesitamos! A Santo Tomás no le daba vergüenza cuando comparaba la ética con una cuestión de cocina y decía que sólo con recetas no se hace una buena comida, porque hacen falta recetas – en ética los principios –, pero también hay que tener la experiencia de haber cocinado muchas veces, con éxitos y fracasos. En ética los principios ayudan, pero hay que tener experiencia, aprender de los propios logros y fracasos y conjugar así la experiencia con la originalidad, a la luz de los principios, a la luz de los criterios. Ésta es *la ética saludable* que necesitaríamos hoy para tratar los problemas de la bioética, los problemas de una vida sana.

La bioética se sitúa ante dos hechos principales: en primer lugar, la transformación de las ciencias y tecnologías que manejan la vida. Y en segundo lugar, la repercusión que esto tiene en las intervenciones sobre las personas, sobre el ambiente, sobre la sociedad. De ahí surgió la pregunta que he citado antes: ¿es responsable éticamente hacer todo lo que podemos técnicamente hacer? La bioética nació no como una moda, sino como una necesidad de responder a esta pregunta, y de responderla revisando también la ética. Mas tarde la bioética se ha conver-

tido de movimiento que era cuando empezó, en disciplina, en institución. Hace unos años un bioeticista, Mailander, escribió un libro criticando esta situación y dijo: *¿No habrá perdido su alma la bioética? ¿Lo que la animó desde el principio?*

A la pregunta *¿dónde está hoy la bioética?*, yo respondería, brevemente, diciendo que está en la encrucijada de dos urgencias: primera, hay que *revisar el manejo de la vida*, no sólo en medicina, sino también en industria, en biología y en ecología, en intervenciones sobre el cuerpo humano, sobre el entorno... proteger una vida sana. Segunda, *hay que revisar la ética*; por eso insisto repetitivamente en decir una ética saludable, no cualquier ética, para una vida sana.

En 1971, el oncólogo Potter, en un libro que fue pionero, *Bioethics bridge to the future, La Bioética, puente hacia el futuro*, decía que *había que conjugar las ciencias y los valores humanos*. Y en aquellas mismas fechas, otra de las dos grandes figuras en el comienzo de la bioética, el obstetra Hellegers, decía que *había que unir arte médica y el sentido de humanidad, de lo humano*. Ha pasado mucho tiempo desde entonces, desde que nació el primer bebé por fecundación *in vitro* – Louise Brown – en 1978, hasta los debates sobre la clonación, sobre todo a partir de 1998, la velocidad de los descubrimientos y la velocidad de las aplicaciones, han dejado completamente atrás el paso de caracol de la ética, de la revisión de la ética, que todavía está por hacer. Potter hablaba de un puente, un puente entre tecnociencia y valores, un puente entre la ética que se preocupa de los valores y la tecnociencia, de cara al futuro de lo humano, al futuro de la vida. En este sentido, me parece que la tarea de la construcción de ese puente, es todavía una asignatura pendiente. Esta bioética que sabemos de dónde viene y en dónde está, tendría que plantearse de cara al futuro, el ensanchar más hacia arriba, hacia el lado, hacia el fondo, a lo alto, a lo ancho, a lo profundo, ensanchar más su horizonte.

He formulado la propuesta que yo quisiera hacer sobre el futuro de la bioética, con las palabras que empiezan con el mismo prefijo “inter”: Una bioética que recupere su vocación de puente, y se haga más *intercultural*, más *intercosmovisional* –para incluir algo más amplio que la referencia a las religiones– y más *interdisciplinar*. Esto estaba en el origen de la bioé-

tica en los años 70; sin embargo, creo que después de 35 años, sigue siendo una tarea pendiente.

Es fácil transmitir la tecnología más allá de las fronteras, —el teléfono móvil, por ejemplo, en Tokio, en Madrid, en Nueva York, en mitad de la selva..., es algo que llega rapidísimamente a todas partes—. Mucho más difícil es dialogar sobre valores, y hoy la bioética tiene como tarea pendiente, más allá de las fronteras culturales, ese diálogo de valores. Es fácil hablar de supervivencia, del manejo de la enfermedad, del hambre, de la demografía, de cuidar del medio ambiente, pero ¡qué difícil es preguntarse por el sentido de la salud y de la enfermedad, de la vida y de la muerte! ¿Significa algo para nosotros la VIDA que origina, que sostiene, que desborda lo humano y el ambiente? Es mucho más fácil, cuando se debate sobre la eutanasia o sobre temas del comienzo de la vida, debatir con todo detalle aspectos clínicos, jurídicos..., que plantearse a fondo cómo percibimos la enfermedad, la salud, la vida, la muerte.

En segundo lugar, la bioética tendría como tarea pendiente, la integración de las tradiciones de espiritualidad con las ciencias; ser más *intercosmovisional*. Es mucho más fácil institucionalizar la bioética convirtiéndola en una disciplina, que es lo que hemos hecho, y 35 años después del libro de Potter, hoy nos abruma la bibliografía, las bases de datos, los cursos, los cursillos, las titulaciones, los Centros, los Institutos, las Fundaciones, los congresos... Hay una inflación de bioética. Se han multiplicado las normativas, las legislaciones, las resoluciones de los Comités, las jurisprudencias sobre casos paradigmáticos... En definitiva, la bioética, al pasar de movimiento a disciplina, se ha hecho cada vez más técnica, más burocrática, más institucionalizada. Son logros que nos vienen muy bien, son ayudas que nos hacen mucha falta, y que son imprescindibles, pero existe el peligro de perder el horizonte. Por eso decía que la bioética nece-

sita recuperar esa vocación de puente, y hacerse más *interdisciplinar*.

Es un triple programa para que una ética tenga *más amplitud de miras*, que es a lo que lleva *lo intercultural*; para que tenga unas *raíces mucho más profundas*, que es a lo que lleva *el trato con otras tradiciones de espiritualidad*; y para que sea capaz de *deshacer malos entendidos*, de evitar que todo se reduzca a extremismos sí o no, blanco o negro, que es a lo que lleva *lo interdisciplinar*. Si la bioética se renovase con este triple programa, creo que tendríamos realmente una ética de la vida saludable, para una sociedad más sana. Todo esto se podría decir de forma menos pedante, con palabras muy corrientes, pidiendo que la ética se

haga *más viajera*, que se abra a otros horizontes más grandes, para que pueda tener un punto de vista más profundo y pueda relativizar mucho más, todo lo que tiene alrededor. Yo llevo un año en España desde que vine de Japón, y estoy desconcertado por tantos extremismos tanto en lo político como en lo ideológico, lo ético, lo religioso, que se ven en nuestros países de aquí.

En tercer lugar, que se haga *más sapiencial*, con más sabor, y no meramente saber y conocimiento. En

cuarto lugar, que tenga *más vocación de traductora*, porque el traductor, al vivir continuamente la experiencia de la traducción, tiene la experiencia de estar en otro mundo, en otra cultura, y ayuda al lector a meterse en el mundo de otra cultura, de otra obra, de otro lenguaje, hacer de puente, mediar, reconciliar, intercambiar, comunicar... y evitar malentendidos.

Todo lo que he dicho querría ilustrarlo con tres ejemplos concretos, ejemplos que tienen que ver con la experiencia que he vivido al ocuparme de la bioética en Japón y el contraste que estoy experimentando este año al ocuparme de bioética en Madrid.

El primer ejemplo que titulo **lo artificialmente natural** —expresión que tomo de un famoso filósofo y escritor japonés, que tiene que



ver con los debates de los años 70 en Europa, debates que yo seguí en Japón, sobre algo muy viejo y muy superado, aunque por lo que percibo a veces en algunos entornos, aquí no está superado. A comienzos de los 70, corría mucha tinta en revistas occidentales de ética y sobre todo de teología, a propósito de la polémica *sobre los anticonceptivos*, polémica que hoy día está, o debería estar, más que superada. Yo llevaba unos 4 años en Japón —allí 4 años es muy poco tiempo— y a finales de esa misma década, 1978, en que nació el primer bebé probeta, los debates en Europa eran *sobre la reproducción asistida*. Estas dos polémicas las seguí a distancia desde Japón, donde me encontraba en un contexto muy distinto al europeo. A comienzos de los 70, estaba yo traduciendo al castellano la obra “Antropología del paisaje” del filósofo japonés al que acabo de referirme, y que ha reflexionado sobre el tema de lo natural y lo artificial, y sobre las intervenciones de la mano humana sobre la naturaleza, con el fin de modificarla. En 1977, cuando se funda el Instituto de Bioética en nuestra universidad en Japón, yo tuve que pasar de Filosofía a este Instituto, para que filósofos y teólogos pudiésemos tratar estos problemas junto con los biólogos. En esa época en que en Europa los debates eran sobre la reproducción asistida, estuve dialogando en Japón con bioeticistas japoneses sobre cómo se podría aplicar el criterio del filósofo japonés que aplica su reflexión sobre lo artificialmente natural a la ética— a los temas de ecología o a otros temas de bioética.

Estando en ese contexto, —al principio de los 70 cuando leía lo que se decía aquí en pro y en contra sobre la reproducción asistida— a mí me resultaban incomprensibles las reacciones tan exageradas de la teología romana, vaticana, diciendo que no, tanto a los anticonceptivos, como a la reproducción asistida y también me resultaba incomprensible el extremo opuesto, que simplemente ve la panacea y dice sí sin condiciones. Una vez más, no hay más que freno y acelerador, blanco y negro, sí y no... Y eso cuando estás en una cultura que, si algo enseña por los cuatro costados, es que las cosas no son ni sí ni no, ni blanco ni negro, resulta incomprensible. Al P. Arrupe le decían sus catecúmenos que lo que explicaba estaba demasiado claro para ser verdad; también a mí me lo decían mis alumnos de filosofía. Es que, cuando las cosas están demasiado claras se

sospecha, porque la vida no es así. Cuando salió la encíclica “El resplandor de la verdad”, yo dije que nos haría falta una encíclica sobre “El calor de la bondad” pensado desde Oriente.

Desde el contexto oriental, aquellos debates europeos me resultaban... el blanco y el negro, el sí y el no... los dos extremos. Y al leer al filósofo japonés, me encontraba con que estaba hablando de la intervención humana para mejorar lo natural sin destruirlo. Este autor pone el ejemplo de los jardines japoneses diciendo: “Yo creía que el jardín japonés era muy natural, y cuando vi Versalles, la Alhambra, todo simétrico, pensé qué racional, qué artificial, es decir, Occidente era artificial y Oriente natural. Luego me di cuenta, ¡qué tontería!, el jardín japonés es mucho más artificial que el de Versalles, mirad los bonsáis, aquí hay una dosis de intervención de mano humana, con una sutileza, con un cuidado, con un detallismo... El jardín japonés no es natural, porque la naturaleza dejada tal cual, en primer lugar, sería maleza y no tendrías ese jardín y, en segundo lugar, para que ese jardín reproduzca una impresión distinta en cada una de las estaciones, tiene que intervenir mucho la mano humana. El jardín japonés no es, ni natural —tal cual— ni artificial —destruyendo la naturaleza. El jardín japonés es artificialmente natural, lo que significa intervenir en la naturaleza sin destruirla, para prolongar lo que la misma naturaleza, desde su realidad, está pidiendo que le haga”.

Aquí tenemos, desde la estética, un criterio para la ética. A la luz de lo anterior, a mí me resultaba obvio cómo enfocar en teología moral el tema del anticonceptivo o el tema de la reproducción asistida. No se dice que no, ni se dice que sí, sin condiciones. Se interviene, por supuesto, lo mismo que nos ponemos gafas que son artificiales, o se hace una operación cesárea, que es intervención artificial, pero se hace cuando hay que hacerlo y no se hace irresponsable o injustificadamente. El problema, por tanto, no es que lo artificial sea malo y lo natural bueno. Tanto lo mal llamado natural, como lo mal llamado artificial —sobre todo en el caso de los anticonceptivos lo llamado natural suele ser algunas veces muy antinatural, y lo llamado artificial suele ser muy natural— si son responsables, muy bien, y si son irresponsables muy mal. Y se le ha dado un enfoque alternativo que no saca de esta dualidad, de esta dicotomía, de este extremismo occidental europeo, —en el

caso de nuestros países de aquí, creo que todavía en mayor tendencia, sobre todo cuando las cuestiones se politizan y si dices A eres de un partido y si dices B de otro. Así sólo tenemos mala ética, dos posturas extremas, de freno o de acelerador.

En España, por ejemplo, cuando ante un problema, el portavoz de la Conferencia Episcopal enseguida dice NO, lo que provoca que en el otro extremo mas laicista diga lo contrario, lo que ocurre es que, tanto uno como otro están regando fuera del tiesto. O el último debate tan ridículo en torno al preservativo, me hacía sospechar que, cosas que tenían que estar superadas hace 20 años, en España anacrónicamente no lo están. Necesitamos una ética mucho más saludable y, tanto la ética como la biología tienen que acelerar y recuperar el retraso que llevan de 20 años.

El segundo ejemplo –**perspectivas sobre la vida**– lo voy a tomar de la Carta Pastoral sobre la vida, de los obispos japoneses. Yo tuve la suerte de participar en el Comité que preparó la Carta Pastoral del año 1984 y en el que preparó la del año 2000. Algo muy aleccionador es que, tanto en un caso como en otro, el Cardenal Shirayanagi encargó al Instituto de Bioética que organizase un Comité, y que eligieran a personas de distintas mentalidades. Les pidió además, por favor, que no hubiera más que dos o tres teólogos, que la mayoría fueran seglares y que más de la mitad de esos seglares fueran mujeres, mujeres con experiencia de vida familiar y mujeres solteras; y que hubiera médicos. Con esas condiciones podían elegir a quienes quisieran. Se eligió el Comité y se tardaron dos años en preparar la Pastoral del año 1984 y dos años y medio en preparar la del año 2000. Cuando esta última ya estaba preparada, se tenía una reunión mensual, después lo discutía un grupo de cuatro personas y se lo llevaban a la Conferencia Episcopal para que lo aprobasen todos; lo pasaban a las diócesis, lo leían, lo comentaban, les hacían críticas... Una crítica muy chocante fue la que decía: *el borrador de este mes nos gusta mucho, está tan bien que no parece que lo hayan escrito los obispos...* Al mes siguiente escribieron en esa línea, y el comentario fue: *este borrador tiene poco peso, es lenguaje demasiado corriente, pónganlo un poco más difícil para que parezca que es de los obispos...*

Entre esas idas y venidas, felizmente, ha resultado una pastoral que, increíblemente, se ha reeditado varias veces y se ha convertido en best-seller porque, como muchos textos los han escrito hombres y mujeres seglares, se entiende y tiene que ver bastante con la vida. Cuando estaba ya casi todo terminado y a punto de aprobarse, en una de las últimas reuniones nos dijo el obispo responsable que lo que se pretendía en toda aquella Carta era “una mirada sobre la vida”. Todos los temas trataban de la vida y lo que se quería proyectar era “la mirada de Dios sobre la vida”, pero el problema que no se había discutido y que nos quedaba pendiente era cómo decir “mirada” y cómo decir “vida” en japonés, pues se podían escribir de más de siete formas distintas. Después de un gran trabajo se eligieron las adecuadas al sentido que se quería expresar: “Mirada cálida y acogedora sobre la vida”; los obispos japoneses de este modo decían: “Queremos mirar la vida como la mira Dios”.

Creo que, un estilo así, da una profundidad, un halo *sapiencial* al debate bioético. Un ejemplo más en este sentido. Leo lo que escribe un monje budista: *Paseo al amanecer de un día de buen clima, me dejo acariciar por la brisa, saboreo la experiencia de estar vivo, sentir palpitar mi vida y pienso... vivir, ¡qué maravilla!, ¡qué enigma!... Interrumpo el paseo, me paro en silencio a saborear esta vivencia, estoy vivo, mi vida me desborda; no es mía sola, no la controlo, vivir es ser vivificado por la Vida que nos hace vivir. Sigo paseando, compro el periódico, titulares de muerte me desazonan, atentados, asesinatos, guerras, maltratos, hambre, manipulación, tortura. Y me pregunto ¿cómo construir una humanidad en que nos hagamos vivir mutuamente, en vez de destruirse cada persona a sí misma, a sus semejantes y al entorno? ¿Cómo recuperar la experiencia de vivir la gratitud por estar siendo vivificados y la responsabilidad de vivificarnos mutuamente?*

Al leer esta meditación budista sobre la vida, sobre todo, los tres aspectos finales, yo me pregunto si toda la ética de la vida no se resumirá en esta tarea, mucho más importante que los debates detallistas sobre el aborto o la eutanasia. Cuando los maestros budistas de espiritualidad hablan sobre la vida, hay tres temas recurrentes que son los expresados al final del texto: El primero es *percatarse que uno está vivo*. Párate, que vas corriendo y vives sin vivir... no tienes

tiempo para darte cuenta de que estás vivo... El segundo *agradecer*—expresión de gratitud— que si vives es porque te están haciendo vivir. El tercero es, *hacerse vivir unos a otros*, en vez de matarse unos a otros... Resumiendo: **Caer en la cuenta de que estoy vivo, agradecer que vivo porque alguien mayor que yo me hace vivir, y hacernos vivir unos a otros**. Este es el fundamento de cualquier tema de bioética que se trate; tratarlo con una raíces profundas, que hagan de ella una bioética *más sapiencial*.

El tercer aspecto, *con vocación de traductora*, es un poco más difícil. Voy a tomar lo que aquí en España se está debatiendo continuamente: las células madre, los embriones... Los **debates en torno a la vida naciente**, en Japón tuvieron lugar antes; en otoño del año 2000 se aprobó allí la ley. Yo estuve bastante implicado en el tema porque se pidió opinión a nuestra Universidad. En Japón tenemos más libertad que aquí porque, al ser totalmente laico, en el mejor sentido de la palabra, ni la Iglesia se impone ni a la Iglesia excluyen. En España el problema no es el laicismo o la laicidad, sino que no somos totalmente laicos; si aquí fuéramos como en Japón, la Iglesia tendría más libertad que la que tiene. Por eso, cuando el Gobierno quiso hacer esta ley en Japón, preguntó a la Iglesia, a las Universidades, a los budistas, a los católicos, a los protestantes... y recogió en un volumen 60 opiniones. A mí me entrevistaron toda una mañana, de parte del Ministerio, para que hubiese una opinión de una Universidad católica que tiene Teología e Instituto de Bioética. Todo eso se publicó en un libro por internet, y pidieron opinión a todo el mundo sobre el tema, y después vino la ley. Es su manera de debatir, en un contexto, repito, en el que ni excluyen ni privilegian a los religiosos, ni las religiones imponen lo suyo a la fuerza.

Los debates en torno a la regulación legislativa sobre las técnicas de clonación y la manipulación de embriones pre-implantatorios (pre-embriónes, el estadio anterior a la anidación en el endometrio uterino) han sido una encrucijada muy importante para esa relación entre ciencia, ética y religión, debate que se llevó en Japón de una manera que ya me gustaría que aprendieran de ella aquí, tanto el extremismo eclesial, como el “eclesial”, sino “eclesiástico”—como el extremismo anti-eclesiástico. En otoño de 2000 se aprobó en Japón la ley que prohíbe la clonación reproductiva, es decir, para reproducir por

clonación un ser humano. Esta ley formula reservas sobre la manipulación del comienzo de la vida, pero al mismo tiempo, abre la puerta a la manipulación responsablemente controlada, sea el uso de embriones sobrantes—yo prefiero decir excedentes— en programas de reproducción asistida, sea el uso de técnicas para investigar. Por lo que se refiere, tanto a la producción de embriones humanos mediante técnicas de clonación, pero sin finalidad reproductiva, como de otros embriones, a los que la ley japonesa ha dado el nombre de “embriones especiales”, esta ley se limitó a recomendar que se adoptasen medidas oportunas.

Posteriormente a la ley, en el año 2001, el Ministerio de Educación y Ciencia publicó unas directivas muy severas, muy rigurosas, que permiten la obtención de células troncales embrionarias, solamente a partir de embriones sobrantes, producidos originariamente para su uso en reproducción asistida, pero con la condición de que su destrucción haya sido ya decidida y que para su donación se cuente con el debido consentimiento firmado. Además, si en el futuro se van a utilizar técnicas de clonación para producir embriones para investigación, pone una serie de condiciones. Hasta el momento solamente ha reconocido un par de Centros para que puedan hacerlo, pero con unas condiciones muy estrictas.

En esta ley hay un detalle lingüístico muy interesante. En japonés “humano” se dice con el término, *jitu*, es una palabra técnica hablando del blastocito de estos embriones *in vitro*, que no han sido implantados todavía. Y “humano” se puede escribir también con un ideograma, representando la figura de un ser humano, para hablar de un feto de 8,9,ó 10 semanas, que nos exige un respeto a su dignidad. Es una distinción que parece muy sutil, y por eso me sirve para el ejemplo que quiero poner de una ética con vocación traductora, es decir, que ayuda a evitar malos entendidos.

Cuando se estaba discutiendo el proyecto de ley, plantearon la pregunta: ¿Tiene dignidad personal ese embrión pre-implantatorio? Y el Comité respondió diciendo que la expresión “dignidad personal” la reservamos para este uso de la palabra *jitu* con el ideograma, porque esto lo reservamos para hablar del respeto que nos pide el feto. Luego vendrá el problema del aborto, que se discutirá aparte, y tanto los que digan que sí como los que no, reconocerán que

ahí hay una exigencia de un respeto a una dignidad. Para hablar de los embriones en el estadio de blastocito, todavía no implantados, usaron otra expresión, con una palabra que en japonés significa “germen y brote de vida humana” y que como tal, exige una cierta dosis de respeto, distinto del respeto incondicional que me exige la dignidad personal de un feto de tres meses, por ejemplo. Al hacer esta distinción, se referían a dicho “germen de vida” con un término tan exacto que facilitaban la distinción entre el respeto debido al embrión preimplantatorio como germen de vida orientado a la formación de un ser humano, y el respeto exigido por un feto humano cuya dignidad personal, curiosamente, es la primera vez que, en Japón, se afirma en una ley.

La ley sobre el aborto, que es otra ley distinta, es muy permisiva y en Japón se plantea un problema debido a la coherencia de estas leyes entre sí, pero no vamos a entrar ahora en ese tema. He querido utilizar este ejemplo únicamente para explicar con qué habilidad, con qué vocación de traductora, de evitar malos entendidos, está funcionando allí esta mentalidad lingüística y éticamente.

Ante la expresión que hace unos días un periódico ponía en boca del portavoz de la Conferencia Episcopal, de que “desechar estos embriones y usar algunos para salvar a otro, era matanza de hermanitos”, o ante lo que decía un Obispo refiriéndose a que “desechar estos embriones para obtener células madre, era una matanza de inocentes”, hay que decir que, tanto una expresión como otra, creo que eran científicamente inexactas, éticamente incorrectas y estéticamente de mal gusto y, sobre todo, originadoras de malentendidos. De ahí la necesidad de una ética con vocación traductora, que quite malos entendidos, que ayude a evitar confusiones.

Cuando he vuelto de Japón hace ahora un año, me ha llamado mucho la atención, la situación tan exagerada que se percibe en mi país, por parte de los dos extremos, en los debates éticos. Cuando se habla de células madre – y aparece todos los días en el periódico– me choca la politización de los discursos sobre unos temas que, científica y éticamente, están todavía debatiéndose; y no es tan fácil decir que no, poner freno, ni acelerar sin más... Hay que seguir discutiéndolo, debatiéndolo. Hay razones en pro y en contra, y tenemos que seguir estu-

diándolo moderadamente. Y me parece que hay posturas, presuntamente defensoras de la vida humana, que están haciendo un flaco favor a esa defensa con su actitud negativa y condenatoria; al tiempo que se está suscitando en España la reacción opuesta, de quienes piensan que la ética no es más que un freno y la religión enemiga del progreso. Yo que vengo de una cultura como la japonesa, tan caracterizada por la conciliación y el consenso, y que tiene una habilidad especial para buscar esos términos medios, percibo en nuestro país un ambiente desconcertante, por decirlo de una manera suave, y me parece que hay en España una necesidad especial de buscar términos medios, de conciliar, de matizar.

Me llama también la atención la intromisión, en mi opinión muy inoportuna, de muchas instancias eclesiásticas, cuando se ponen a dictar moralidad a la sociedad civil. En Japón estoy acostumbrado a una Iglesia minoritaria, en medio de una sociedad civil plural y democrática, secularizada, laica en el mejor sentido de la palabra, y con un episcopado muy acostumbrado a respetar escrupulosamente la separación iglesia y Estado. Como consecuencia, en este contexto intercultural y religioso, una Iglesia que, ni tiene privilegios ni está excluida, se siente más libre que aquí.

Me sorprenden los malentendidos sobre ética y sociedad en España; como el caso, mitad cómico, mitad anacrónico del mes pasado acerca de la discusión del preservativo. Cuando leía en el periódico no sabía si reír o llorar porque pensaba que ni siquiera tenía que ser problema, no sólo como prevención de un contagio, sino como anticonceptivo corriente ya que, como sabemos, se puede utilizar para evitar un embarazo no deseado y para evitar un aborto. Hace mucho tiempo que la teología moral, la seria, ha superado ese falso problema, aunque diga lo contrario un dicasterio romano o los asesores de una Conferencia Episcopal, o quienes redactan un discurso del Papa. Es un tema en el que se puede disentir *en* la Iglesia –no digo “de”– porque yo, como creyente, no disiento de la Iglesia, sino que disiento en la Iglesia, que es distinto, sobre todo en algo que, ni es cuestión de moral, ni es cuestión de pecado, sino que es simplemente una cuestión de sentido común, de responsabilidad y de buen humor. Cuando el otro día el Portavoz de los Obispos, después del diálogo que tuvo con la Ministra de Sanidad,

afirmaba que eso estaba escrito hace años en libros y revistas especializadas de Teología, o sea que no era nada nuevo, como los que al día siguiente dijeron que tenía que desdecirse, sencillamente... ¡suspense en teología!, porque indica la ignorancia de por dónde va la reflexión teológica sería.

Sin embargo, hay otros temas más serios que el preservativo; por ejemplo, a esa afirmación de que “la obtención de células madre, a partir de embriones pre-implantatorios es una matanza de inocentes”. O cuando otra personalidad de la jerarquía eclesiástica, decía hablando sobre temas de orientación sexual, que “la orientación sexual en sí misma, independientemente de su ejercicio, es algo desordenado, pecaminoso, intrínsecamente malo...” Yo me llevé las manos a la cabeza, porque expresarse así va contra el mismo catecismo de la Iglesia Católica, y contra la declaración que hizo la Congregación de la Fe acerca de que, al tratar este tema, nunca se discrimine a las personas. Otra personalidad de la jerarquía eclesiástica, hablando sobre el tema de la eutanasia, sobre el final de la vida, estaba diciendo algo que, en primero de Derecho le habría valido un suspenso, por confundir legalización de un comportamiento, con despenalización. Y en ética le habrían suspendido por confundir despenalización de un comportamiento, con aprobación y recomendación. Otro responsable eclesiástico, discutiendo sobre el tema de la clase de religión, confundía el estudio escolar del hecho religioso, con la imposición obligatoria de la religión. Quizás no ha leído la encíclica de Juan pablo II, *Redemptoris missio*, donde dice con palabras textuales: *La fe se propone, no se impone*.

Opiniones como éstas crean malentendidos y hacen flaquísimo favor a la Iglesia que representan y a la ortodoxia que desean defender. Por eso yo, por fidelidad a la misma Iglesia y por sentirme en la Iglesia, me siento obligado no sólo a sentir con la Iglesia, sino a disentir en estos temas, responsable y razonablemente, en la Iglesia. Todo lo que he comentado me produce la impresión de que la Iglesia es en España una Iglesia quejumbrosa, pesimista, gruñona, que habla más del pecado que de la esperanza, cuando en realidad, el papel de la Iglesia no es el de “Gendarme de la moralidad”, sino el de “Proclamadora de la esperanza”. Y me recuerda aquellos versos de Calderón en

“La vida es sueño”: *Que tal placer había en quejarse, —un filósofo decía, —que a trueque de quejarse, había en las desdichas de buscarse.*

Termino con un nuevo ejemplo. Con ocasión del debate de la ley sobre las técnicas de clonación en Japón, pidieron opinión al Instituto de Ciencias de la Vida de la Universidad Sofía, de los jesuitas en Tokio; nosotros apoyamos positivamente esa legislación —que me parece bastante prudente a la vez que abierta— diciendo que ciertamente la posición de la Academia Vaticana de la Vida no es esa, pero no es una cuestión de dogma y se puede disentir de ello responsablemente. Precisamente invitamos al P. Javier Gafo —lamentablemente fallecido un año después— quien asesoró al Comité de la Vida de aquella Conferencia Episcopal y compartió con nuestro Instituto las conclusiones que había publicado en Madrid el Comité de Expertos sobre Bioética y Clonación de la Fundación de Ciencias de la salud en Madrid. Nosotros, cuando Javier Gafo nos presentó estas conclusiones, estábamos de acuerdo en evitar posturas extremas y distinguir, como hacia ese Comité, dos niveles en el razonamiento moral: lo exhortativo y lo prohibitivo; es decir que una cosa es manifestar reservas personales —que se perciben como vinculantes para uno mismo, para la propia creencia— hacia una determinada práctica, y otra es, en una sociedad plural que no comparte las mismas creencias, tratar de imponer eso mismo, forzosamente a los demás. De hecho, mis colegas japoneses recibieron muy bien el texto inglés de ese Comité. Y, por contraste con el aprovechamiento insuficiente que me parece que se ha hecho de él en España, yo confío en que se aproveche mucho más en próximas etapas legislativas; ahora estamos necesitados de una reforma de conjunto en temas de Bioética y de una Comisión científica y éticamente imparcial a escala estatal.

He descrito cómo percibo esos problemas porque vivo esta situación especialmente desconcertante a lo largo de este año. Y desde la perspectiva teológica, pediría que esa misma perspectiva nos anime siempre a hablar más de esperanza que de pecado, a optar por paz en vez de por guerra, y optar por todo lo que sea un talante de encuentros y de diálogos, en vez de confrontación, conflictos y crispaciones.

JUAN MASIÁ CLAVEL

(Director de la Cátedra de Bioética y profesor en la Fac. CC. Humanas, Univ. Pontificia de Comillas, Madrid)